

arte

PORNOGRAFÍA

Denisse Taborn Historia del arte, Casa Lamm

Durante el siglo xx, el cuerpo desnudo, tanto femenino como masculino, se encontraba divagando indefinidamente entre el erotismo, la pornografía y el sadomasoquismo, y las fronteras entre uno y otro se volvieron prácticamente intangibles, originando fuertes problematizaciones dentro de la crítica y teoría del arte.

Fotografías de Amelia Rivaud y tratamiento de Julio Villanueva



Si en los siglos anteriores el desnudo, principalmente el femenino, y las prácticas sexuales explícitas —tanto en pintura como en la fotografía del siglo XIX— eran producidas para el consumo privado y para la venta ilegal, el arte del siglo XX dio un giro al colocar dichas estrategias dentro de la institución y del mercado. Al hablar de pornografía se hace referencia a lo sexualmente explícito y a las representaciones que aluden directamente a la gratificación de los deseos de la carne. La obscenidad, por su parte, ha sido tradicionalmente ligada a la pornografía como “el lado oscuro de las categorías culturales establecidas que han utilizado las prácticas de la representación como instrumentos de transgresión y resistencia ante las normas de la sociedad dominante”.¹ De igual forma, a la obscenidad se le ha imputado la “tendencia de corromper y depravar moralmente”,² calificación que también se le ha otorgado a la pornografía y, más aún, al arte catalogado como pornográfico. En palabras de Kelly Dennis: “La pornografía es perturbadora, inquietante, degradante. Al mirar una pieza de alto arte, la respuesta de la pornografía es la lujuria, mientras que la respuesta del arte es la contemplación extrañada. Cuando la pornografía responde al alto arte, el resultado es la indignación por parte de la institución”.³ Dicha indignación fue la que ocasionaron las imágenes de Robert Mapplethorpe y

las de otros artistas como Jeff Burton, Cosey Fanni Tutti y el grupo Coum Transmission, Richard Kern, Natacha Merritt, Eric Kroll, Pierre Molinier, Eugene Vardanyan o Henri Maccheroni. Todas ellas alusiones explícitas a los órganos sexuales o al acto sexual. No obstante, dichas provocaciones no únicamente fueron incluidas en el discurso de los artistas que luchaban por su libertad sexual, otros también utilizaron el escozor social como fuente de inspiración para sus propias creaciones. De esta manera, el arte acudió a lo moralmente prohibido escudriñando en los rincones de un cuerpo que ya se comercializaba en los estantes de revistas o en los videoclubes. Baste mencionar como ejemplo la obra fotográfica de Henri Maccheroni, quien en su serie *2000 fotografías del sexo de una mujer* muestra multiplicidad de vulvas en un acercamiento que las transforma en imágenes venidas de otros mundos; a través de sus fotografías, los genitales femeninos se convierten en flores o en abstracciones casi indescifrables. Anteriormente, los *close-ups-split beaver* —realizados a los genitales, femeninos principalmente— era algo que únicamente se “permitía” en las revistas o películas *hard-core*, puesto que se le consideraba demasiado “vulgar” como para ser exhibido en las salas de un museo o de una galería.

En conclusión, hay artistas que utilizan elementos antes destinados para la pornografía comercial para convertir **el cuerpo en exhibición literal** que ya no vele ninguno de sus secretos a la mirada del espectador-voyeur, llegando al extremo de diluir totalmente la separación que, hasta mediados del siglo XX, existía entre arte y pornografía.

Bibliografía

Kelly Dennis, *Art/Porn. A history of seeing and touching*, Reino Unido, Berg Publishers, 2009.
Kerstin Mey, *Art & Obscenity*, Gran Bretaña, I. B. Tauris, 2007.

1 Kerstin Mey, *Art & Obscenity*, Gran Bretaña, I. B. Tauris, 2007, p. 2.

2 *Ibid*, p.5.

3 Kelly Dennis, *Art/Porn. A history of seeing and touching*, Reino Unido, Berg Publishers, 2009, p. 76.